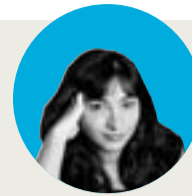


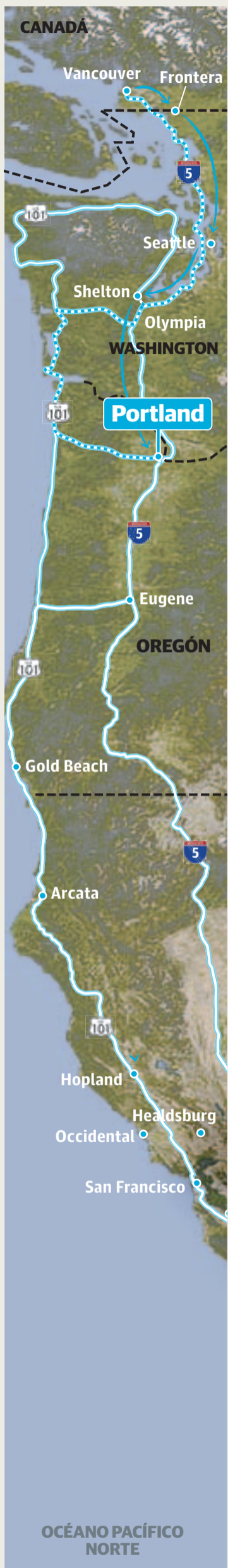
RUTA POR EL PACÍFICO VERDE CAP.6**MERCEDES GALLEGO**

La joya de los ciclistas

Portland es el secreto mejor guardado a los turistas e imán de emprendedores. **Aquí todos parecen felices**



Casi 13.000 ciclistas tomaron las calles de Portland con poco más que el casco. La Policía cortó calles y les dejó subirse a las estatuas.



Desnúdate, perverso!», grita el ciclista desnudo. La multi-

tud que le aplaude desde la acera estalla en carcajadas y alborozo. Alguno incluso se anima a quitarse al menos la camisa, porque la situación invita pero el tiempo no. Unos 13.000 ciclistas han tomado las calles de Portland casi como Dios les trajo al mundo, algunos adornados con hojas de parra, pequeños bañadores, calcetines largos o mochilas, con la piel semi tatuada para la ocasión. El termómetro marca 14 grados, así que esta corresponsal se sube la cremallera hasta el cuello, digan lo que digan.

No es sitio para complejos ni puritanismos. Las morticillas de celulitis se desbordan sobre el manillar pero «¡qué liberador es esto!», grita en éxtasis una de las ciclistas. La Policía corta la carretera para facilitarles el paso y vela por la fiesta colectiva con una sonrisa. Hasta les deja subirse a las estatuas para celebrar su libertad con alaridos, como si fueran King Kong aferrados a la aguja del Empire State.

La capital americana de los ciclistas es una joya escondida entre Seattle y San Francisco. El secreto mejor guardado que ignoran casi todos los turistas y un imán de jóvenes emprendedores con ganas de cambiar de vida que se enamoran de su energía creativa. «Cuando la gente me dice que quiere mudarse a Portland pero no encuentra trabajo siempre les digo que cojan la maleta y se vengán con sus sueños auestas. En una semana habrán hecho amigos, tendrán un sitio donde quedarse, les darán comida gratis y les ayudarán a ganarse la vida con lo que sean capaces de hacer», asegura Mark Lakeman, fundador de City Repair (Reparar tu ciudad), una organización que ha ayudado a transformar Portland en la segunda ciudad más ecológica del mundo después de Reykjavik, en Islandia.

El 7% de los trayectos urbanos se hacen en bicicleta y a hora punta miles de ciclistas se deslizan con parsimonia por las calles arboladas compartiendo el pavimento con los automóviles en singular armonía. «¡Gracias, coche!», saluda una de las ciclistas cuando un conductor se detiene para cederle el paso.

No hay rastro de la guerra con los automovilistas que se lleva a cabo en otras ciudades como Nueva York. Los conductores de Portland ni siquiera se tocan el claxon unos a otros cuando alguien se queda traspuesto en mitad de la calle con el semáforo en



Erin Sutherland ha abierto su tienda 'vintage' en un autobús Lodekka del 65 comprado en Liverpool.

verde, mucho menos a sus vulnerables vecinos de dos ruedas que son el alma de la ciudad posible.

Hasta los negocios hacen sitio para acomodarlos. En el café Ristretto, que tuesta el grano de forma artesanal, ofrece «espacio cubierto y protegido» para aparcar las bicis y en la Cervecería para Ciclistas, donde cuelga sobre la barra una colección de cuadros de bicicleta, se puede atravesar el local con la bici de la mano y aparcarla junto a la mesa del patio mientras se paladea el jugo de malta de fabricación local, faltaría más. En la esquina, el Instituto de la Bicicleta ofrece cursos certificados para mecánicos y materiales de titanio para construir las bicicletas más ligeras y rápidas del mercado, pese a que la vida discurre con extraordinaria lentitud en este paraíso donde solo falta el sol. «Y así nos gusta», apunta Eileen Ryan, una hija adoptiva de la ciudad cuyos antepasados irlandeses reclaman su dosis de lluvia (155 días lluviosos de media al año, casi la mitad).

El volcán de los 32 conos

Las mañanas se despiertan con una cortina de nubes sobre el Monte Hood, permanentemente coronado de nieve, que en realidad es un volcán dormido con 32

conos en forma de colinas que rodean la ciudad. Los vecinos se desperezan frente al cielo encajado con un sonrisa de satisfacción que deja a esta corresponsal rascándose la cabeza. «¿No es maravilloso este tiempo?», pregunta Eileen complacida. Mejor no contestar. Las inclemencias del tiempo son lo único que impide cerrar el ordenador y unirse a esa comunidad de idealistas para dedicarse a oler las flores.

En febrero las campanillas de invierno, en marzo los cerezos en flor, en abril los tulipanes, en mayo los lirios, en junio las rosas, en julio las dalias... En la ciudad de las rosas, como se la apoda oficialmente, cada noche es una sinfonía de perfumes florales. Eileen y su amiga Kristen se toman el tiempo de degustar cada fragancia como si fuera la primera vez. Los habitantes de Portland adoran su ciudad y se pellizcan cada día para asegurarse de que no viven en un sueño, sino que entre todos han hecho el sueño realidad. Nada como ganarse la vida con lo que más te apasione.

La pasión de Erin Sutherland era rebuscar mercadillos y tiendas de segunda mano así que un día se compró un viejo autobús británico de dos pisos, lo aparcó en una esquina y lo convirtió en una tienda vintage. El autobús Lodekka del 65 ha dejado de servir a los habitantes de Liverpool para contribuir al chispeante ambiente de la avenida Williams, con tanta suerte que el solar donde ha echado raíces está frente al restaurante de moda, Tasty & Sons, donde antes de abrir a las 9 de la mañana de un domingo, la cola da la vuelta a la manzana.

Erin, como casi todo el mundo

en esta ciudad, no se limita a ganar dinero. La gente de Portland ha aprendido sabiamente que el dinero no da la felicidad, solo ayuda. La clave está en contribuir apasionadamente al bienestar de todos. Así que el sábado era el día de 'Coser, zurcir y beber' a los pies del viejo Lodekka. Por 25 dólares se aprovechaba el día de sol para hacer un picnic sobre el césped y aprender a hacer carteras y fundas de gafas con jerseys reciclados entre sorbitos de vino.

Menos de una manzana más abajo, entre la Cervecería para Ciclistas y el Instituto de la Bicicleta, justo en frente del café Ristretto, otras mujeres cosían bolsos a la vista de todos pero de forma profesional. Son los bolsos de moda en la ciudad

pero a diferencia de otras cosas, aquí donde no se pagan impuestos locales, no resultan baratos. Alrededor de 90 dólares cada uno, pero todo el que abre la cartera lo hace a gusto porque las costureras le dan felices a la rueda por un salario base de 15 dólares la hora. «En lugar de irme a Target y comprar cualquier bolso hecho en China por trabajadores explotados que se rompa en dos días y solo contribuya a un mundo más sucio e injusto prefiero comprarlo aquí, que sé lo que pagan», declara Eileen con solemnidad.

Gallinas en el parque

Al lado, la tienda de libretas, camisetas y tarjetas tiene detrás del mostrador su propia imprenta. En frente se venden «plantas aire», que no necesitan ni tierra ni agua y sustituyen al plástico cadavérico con los que engañan quienes no tienen mano.

Portland presume de cosas como la mayor población de gallinas urbanas del país, que picotean pacíficamente en los jardines, pero también de patos, cabras y cuantos pacíficos animales de granja hacen de esta urbe una de las más sostenibles del mundo, modelo de la era post carbono. Si alguna podrá sobrevivir cuando el petróleo escasee y su precio dispare será ésta.

Es como si Woodstock no hubiera acabado en el barrizal de los 80 y sus hippies no se hubieran transformado en los burócratas de hoy. El verano del 69 echó raíces en el otoño de Portland y ha dado lugar a esa ciudad posible que saca lo mejor de cada uno.

▶ Próximo capítulo mañana 31 de agosto

«El que quiera venir que lo haga. En una semana tendrá amigos, casa, comida y trabajo»